

LA REVOLUCIÓN DATAÍSTA

Durante el proceso de miles de años desde que se remonta la historia de la humanidad, todo comienza por plantearnos cómo se comportaban y en qué creían las sociedades humanas tradicionales. Por ello, comenzaremos por las antiguas sociedades babilónicas. Los babilonios, para resolver cualquier duda existencial o problema trascendental de sus vidas recurrían a escalar hasta una elevada cumbre, observar las estrellas y, en función de la disposición de las mismas, encontraban fáciles respuestas a estas cuestiones. Obviamente, esto no es más que una realidad ficticia creada por ellos mismos para intentar encontrar soluciones ante el desconocimiento tan profundo que tenían sobre el universo y sus principios.

Posteriormente, el ser humano fue capaz de crear otro tipo de realidades ficticias (también llamados órdenes imaginados), esto son, las religiones. Ahora, ya no eran las estrellas a quienes tenían que recurrir para solucionar sus dilemas, sino a entes divinos, a dioses y a antiguas escrituras diseñadas y creadas por ellos mismos. La aparición de las religiones como realidades ficticias creadas por *Homo sapiens* siguen teniendo aún hoy en día gran trascendencia. Esto mismo podemos verlo en la gran multitud de religiones existentes, cada una con sus propios ideales y entidades divinas, como el Judaísmo, el Cristianismo o el Islamismo.

Sin embargo, a pesar de lo que la mayoría de las personas piensan, no solo existen realidades objetivas y subjetivas, sino también otra variedad y, la más importante de todas, las realidades intersubjetivas. Mientras que las primeras hacen referencia a entidades y objetos que existen en el mundo real, las segundas se interpretan como realidades imaginadas y ficticias creadas en esencia por cada individuo de manera independiente. Pero, para mover grandes masas de individuos, establecer lazos y vínculos entre un número enorme de personas y llevar a cabo actividades cooperativas complejas era necesario crear un tercer tipo de realidad, la realidad intersubjetiva.

Este tipo de realidad se basa en la creación de ficciones imaginadas que, sin embargo, eran compartidas por un amplio abanico de individuos. Ejemplos como el dinero, la política, las religiones, las compañías de seguros o cualquier marca de vehículo son ejemplos de realidades intersubjetivas. Si de repente todo el mundo deja de creer en que el dinero tiene un valor, el dinero dejaría de tenerlo, aunque en términos objetivos y reales no lo tenga.

Imaginemos por qué nuestra especie, *Homo sapiens*, ha conquistado todo el planeta y se ha posicionado en la cúspide como el animal dominante universal. No es que tuviera una inteligencia cognitiva, un cerebro mayor o unas capacidades físicas mejores que sus congéneres *Homo neanderthalensis* o *Homo denisova*, sin embargo, disponía de una capacidad mucho más importante, la capacidad de crear realidades intersubjetivas. La creación de ficciones que un gran número de sapiens desconocidos comenzaran a compartir y defender promovió el establecimiento de redes de sapiens cooperativas con un objetivo común. A diferencia del resto de especies del género *Homo* que se distribuían y movilizaban en pequeños grupos, no llegaban a alcanzar números por encima de 150 individuos conocidos. Sin embargo, la aparición de estas realidades intersubjetivas, relatos, ficciones u órdenes imaginados condujo a la aparición de redes de cooperación flexibles y coordinadas entre miles de sapiens y, por ello, fue esta la principal razón por la que conquistó el planeta y exterminó al resto de las especies *Homo*.

El siguiente paso en la historia de la humanidad fue la aparición de la corriente humanista. El principal dogma de este pensamiento es que el ser humano es el centro de toda autoridad y que, el ejercicio de mirar hacia mi “yo” interior, mis sensaciones, pensamientos y emociones es lo que da sentido a la vida. Por lo tanto, según esta corriente, aún presente en nuestros días, no existe ningún plan cósmico creado por ningún Dios y el ser humano no es ningún actor secundario que dependa de los

deseos y órdenes de un creador ya que, la respuesta a todo dilema se encuentra en nuestras propias emociones. De hecho, no existe ni ha existido un único tipo de humanismo sino principalmente cuatro variedades, compartiendo todas ellas el mismo mandamiento principal: La autoridad y el sentido de todo depende de las emociones, sentimientos y experiencias generadas por mi “yo” interior.

El primero es el humanismo liberal que defiende que el ser humano es indivisible y que posee el libre albedrío de actuar de la manera que le venga en gana porque, si realiza cualquier tipo de acto y le hace feliz, eso significará que es bueno y tiene sentido. Los sentimientos y las emociones de los animales tienen por tanto un valor muy inferior a las del ser humano. Ejemplos de esta corriente es la democracia en la que “el votante siempre sabe lo que realmente quiere” y el ámbito comercial en donde “el cliente siempre tiene la razón”.

El segundo tipo de liberalismo que domina y ha dominado largo tiempo nuestra historia es el humanismo socialista. Esta corriente defiende que aquello que es bueno, es digno de tener autoridad y sentido es lo que hace feliz no al individuo, sino al colectivo. Un ejemplo es elegir entre dos tipos de música diferentes, la mejor y la que mayor valor tendrá será la que haga feliz a un mayor número de personas.

El tercer tipo es el humanismo nacionalista, dominante hoy en día como corriente principal de pensamiento en la Unión Europea. Cada nación tiene sus propios valores, estructuras sociales, políticas y económicas y, desde el respeto mutuo, todas poseen el mismo valor. De hecho, el lema de la UE es: “Europa, unida en la diversidad”.

El cuarto y último tipo de humanismo es el humanismo evolutivo, fuertemente arraigado a la teoría de la selección natural de Charles Darwin. Esta corriente defiende que la guerra y los conflictos son buenos para la humanidad porque suponen un filtro que conduce al establecimiento de aquellas razas humanas superiores tanto a nivel

físico como intelectual, lo que fomentará el progreso de la humanidad hacia la creación de “superhumanos”, en continuo desarrollo. Su ideología es que si otorgamos los mismos valores a las poblaciones inferiores, la humanidad no progresará y terminará por perecer.

Sin embargo, el desarrollo continuo de las nuevas tecnologías como la nanotecnología, la ingeniería genética, la biotecnología y las ciencias de la vida en no mucho tiempo exterminarán al pensamiento humanista. ¿Por qué? Porque según las ciencias de la vida como la Biología no existe ningún “yo” interior que nos guía según nuestras emociones y sensaciones, y mucho menos los seres humanos tenemos ese “libre albedrío” de elegir cuál es la solución con mayor sentido en nuestras vidas. Al contrario de lo que el humanismo defiende, la Biología define todo ese conjunto de emociones, sensaciones y experiencias como productos de una gran cantidad de algoritmos bioquímicos modelados por genes, que por el proceso de selección natural se han mantenido hasta nuestros días. Las dos fuerzas que sustentan al proceso de la selección natural son la supervivencia y la reproducción, es decir, si yo potencio estas dos probabilidades obtendré una ventaja competitiva sobre el resto. Por ello un antiguo cazador – recolector que necesitara comer para aumentar sus probabilidades de supervivencia que no dispusiera de esos genes encargados de regular un cierto algoritmo que resulta en la sensación de hambre, perecería en la historia y, con ello, sus propios genes. De la misma manera, un campesino tradicional que no portara los genes encargados de producir la sensación de atracción sexual vería medrada su supervivencia por ser nulas o escasas sus probabilidades de reproducción. Es por ello que, la selección natural a mantenido y moldeado aquellos genes que nos producen unas sensaciones y emociones que aumentan nuestras probabilidades de supervivencia y reproducción. De hecho, la conciencia es un subproducto inútil resultado de miles de conexiones neuronales y no cumple ninguna función biológica, como el sonido que

produce un avión a reacción, no es el mismo sonido el que hace que vuele.

Imagínese el lector si, partiendo de la base de que las emociones son producto de algoritmos bioquímicos, pudiéramos crear máquinas y superordenadores basados en la inteligencia artificial capaces de acopiar esos algoritmos y crear cerebros totalmente artificiales. La transformación de algoritmos bioquímicos conscientes en algoritmos electrónicos no conscientes no resulta ni mucho menos algo remoto de conseguir, y esta es la base fundamental de la nueva revolución que nos está por venir y que puede acabar con la propia existencia de la raza humana.

Esta revolución es el dataísmo y, en contra del humanismo, que defendía seguir lo que mis emociones y sentimientos me decían, el dataísmo defiende que hay que hacer caso a los algoritmos. El dataísmo contempla que lo esencial y fundamental es promover el flujo de información y conectar el mundo al “internet de todas las cosas”.

Imaginemos un sistema electrónico como pueda ser un reloj deportivo que nos controla el pulso cardíaco y la tensión arterial en todo momento conectado a un teléfono inteligente. Toda esa cantidad de parámetros biométricos junto con información adicional sobre nuestras rutinas diarias, historial de análisis de sangre, composición genética, historial de nuestros familiares etc, se podrían almacenar en gigantescas bases de datos y, con la ayuda de algoritmos electrónicos, las máquinas llegarían a conocernos mejor que nosotros mismos. Dispositivos de reconocimiento facial, información que enviemos a través de nuestros correos electrónicos, fotos que subamos a la nube, datos que compartamos a través de la red, todo esto integrado, procesado promovería que la informática tomara decisiones mucho más eficientes y mejores que nosotros mismos. De hecho, estos mecanismos se pueden ver hoy en día como en el asistente de voz Cortana desarrollado por Microsoft o el Siri de Apple.

El hecho de que las máquinas tomen las mejores decisiones gracias a la cantidad de datos que pueden almacenar, procesar y su acceso a ese “internet de todas las cosas” supondría el fin de profesiones como la medicina, los conductores de camiones, los agentes de seguros, los profesores etc. Incluso ya podemos ver coches autómatas como el creado por Google que evitarían excesivas aglomeraciones y accidentes en las carreteras.

Por esta razón surgen tres procesos interconectados que son: La ciencia converge en un dogma universal, que afirma que los organismos son algoritmos y que la vida en sí misma es un procesamiento de datos; La inteligencia se desconecta de la conciencia; Algoritmos no conscientes pero inteligentísimos pronto podrían conocernos mejor que nosotros mismos.

Estos tres procesos plantean tres interrogantes clave: ¿son en verdad los organismos solo algoritmos y es en verdad la vida sólo un procesamiento de datos?; ¿qué es más valioso: la inteligencia o la conciencia?; ¿qué le ocurrirá a la sociedad, a la política y a la vida cotidiana cuando algoritmos no conscientes pero muy inteligentes nos conozcan mejor que nosotros mismos?

